

Del vivir y el existir en la lectura

From living and existing in the reading

Gladys Madriz¹

gladysmadriz@yahoo.com

Resumen

Aquí se trata de dar una suerte de respuesta en contracorriente a la llamada competencia lectora, desde un ir más allá de ella. De esta manera, se propone una mirada de la lectura como pasión, como búsqueda de sentidos de la propia subjetividad del lector. Valga decir, lectura pasión, viaje, búsqueda inagotable de sentidos.

Palabras clave: Lectura, competencia lectora, lectura apasionada, lector

Abstract

We want to give some sort of answer in crosscurrent to the “reading competence”, from a “to go further of it”. In this way, we propose to look at reading like a passion, as a search of senses of the reader's own subjectivity. It is worth to say, reading passion, travel, inexhaustible search for senses.

Keywords: reading, reading competence, passionate reading, reader.

Recibido: 15/01/2015 - Aceptado: 20/02/2015

¹ Docente investigadora de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad Simón Rodríguez.

Para comenzar debo confesarles que no soy una experta en nada. Y peor, que la competencia lectora o *competencia comunicativa* como también se les denomina, todavía no las he alcanzado. Incluso, recuerdo que hace algunos años atrás me autoadministré un cuestionario elaborado por un profesor venezolano ya fallecido, el cual lo construyera siguiendo las pautas de otro instrumento norteamericano, y por supuesto, creo haber salido apenas *en la raya*, como decimos aquí, mientras que una gran parte del universo al cual se le aplicara, salía aplazado, como bien nos enteramos luego.

Pero eso no es de extrañar, y ustedes dirán que comienzo a disculpar mi falta, cuando señalo que una de las razones –a mi juicio- para explicar tan mal puntaje, fuese lo artificial de la situación y en particular, de la tarea. Qué hubiera sucedido, me pregunto ahora, si le hubiesen pedido a esas personas que leyeran y comentaran la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, por ejemplo, o el cuento *El niño y el caballo* de Orlando Araujo, o cualquier otro texto que significase algo para aquellos lectores incompetentes o analfabetas funcionales, como también se les terminó denominando en aquella oportunidad. Con la denominación adquisición de competencias, (de lectura, de escritura, de liderazgo, y un largo etc.) lo que hemos hecho es profundizar el papel de la escuela como la fábrica donde preparamos a los individuos como productores-consumidores de la sociedad capitalista. Existe a nuestro entender, y a nivel mundial, un agotamiento del papel de la escuela como espacio de resistencia y de emancipación, y esto entre otras cosas, se manifiesta en el papel que se le da a la lectura y la escritura como mera captura de la realidad, como puro procedimiento vacío, como herramienta ágil, *eficiente* (nos preguntamos para quién), y sumisa para adaptarse a la realidad flexible de la sociedad capitalista.

Durante los últimos diez años, por lo menos, me he convencido a mí misma que la lectura y su enseñanza debe ir por otros derroteros. Y que como todas las cosas importantes, debe comenzar por una pasión. Una pasión que debemos encender en los niños, y que debemos procurar mantener encendida. Incluso, ir más allá, esa pasión debe comportarse como un virus, contagiando al que se nos acerque. Pero debemos aclarar algo, la pasión no tiene que ver solo con la felicidad, sino con una tensión. Y señalo ésto, porque recientemente, escuché a un gran poeta nuestro decir que no hay nada en el mundo que le haga más feliz que el tiempo que dedica a la lectura. Debo decir que no estoy plenamente de acuerdo con él. Y me baso en lo siguiente: pensamos que la lectura tiene que ver con el entrar en una relación que debe permanecer hasta el fin de nuestros días, y ustedes saben que las relaciones auténticas, poseen distintas intensidades y generan diferentes emociones y sentimientos, algunas serán de felicidad, otras de desasosiego, de rabia, de compasión, incluso, de dolor, y la mayoría de las veces, si entramos en una relación profunda, experimentamos todas esas emociones en distintas circunstancias.

Entonces, la propuesta de la lectura, como la de cualquier relación verdadera, debe ir por la de enseñarnos a ser afectados, y también debe procurar transgredir la indiferencia que nos conforma como consumidores –espectadores de la realidad. Esta manera de concebir la lectura requiere desarrollar otro tipo de destrezas que las meramente operacionales de la decodificación, anticipación, síntesis y aplicación, por citar algunos de los procesos cognoscitivos involucrados en la lectura, y que suponen cierta complejidad intelectual. Requiere de otras cosas, quizás más importantes, como la necesidad de pensar en otro mundo posible, voluntad para iniciar el camino del cambio y la valentía

para continuar en ese camino emprendido. Incluso, podría comenzarse por la pregunta de si estamos conformes o no con la realidad que nos circunda, y en consecuencia, en el cómo pensamos re-elaborar nuestra relación con el mundo. Es posible que se pregunten ustedes: ¿pero cómo? ¿Tanto problema para poder leer? Justamente, ya hemos advertido que se trata de otra forma de concebir la lectura, donde entramos en una profundización de la relación con el texto, con lo que nos dice, con lo que oculta, lo que sugiere y me da qué pensar, y principalmente, una relación con el otro, con lo otro, con el mundo. Por algo, Freire decía que la lectura debe enfocarse en el mundo y no en unas cuantas palabras aisladas de la realidad de cada quien. Y esa tarea no es sencilla, es compleja y altamente personal, incluso colectiva, por las resonancias del imaginario colectivo que despierta, porque cada texto también aporta un saber acerca del otro. En definitiva, hay que enseñar a leer con todo lo que somos, insistiendo siempre en el poder transformador de la lectura y de la dimensión autoformativa (poiética) que posee.

Lo que si es cierto, es que la lectura debe iniciarse a partir de lo que naturalmente amamos y de lo que naturalmente nos interesa. Y escuchen bien, no por decretarse su necesidad, estaremos más dispuestos a desarrollar su aprendizaje, ni tampoco a disfrutar de su compañía. Eso de obligar no puede ser bueno nunca, ni siquiera invocando la bondad de la misma, porque todo el mundo sabe lo bien que hace la espinaca, pero sólo a Popeye y a algunos pocos niños les gusta esa hortaliza. Creo, más bien, que deberíamos partir de la persuasión, de la influencia que como maestros cariñosos de lectura tenemos sobre nuestros entusiastas aprendices. Y enamorar, cual encantadores de serpientes, a los hambrientos de imaginación y de ensoñación que siempre resultan ser nuestros niños, nuestros jóvenes y por qué no, nuestros adultos. Y he nombrado a los maestros, no importa de cuál nivel educativo sean, porque en una sociedad como en la que vivimos, somos nosotros quienes compartimos el mayor tiempo con aquellos a quienes debemos educar.

Algunos pudieran decirme que cada uno debe encontrar su pasión y darle despliegue, y ciertamente es así, pero ¡qué bueno sería que como maestros, pudiéramos encender la chispa!, truncarnos en aceleradores del fuego, ser los nuevos y benéficos flautistas de Hamelin, y acompañar a nuestros niños y jóvenes a vivir las nuevas aventuras que la relación auténtica con la lectura sugiere y promete. Por eso parto de la pasión, porque no queremos dóciles ilustrados, no queremos jóvenes anestesiados, no queremos seguir con la pedagogía del atontamiento, de la que nos hablara Rancière² en su momento. Llegados a este punto, voy a ir más allá. Quiero ilustrar de lo que es capaz la pasión, y para ello, voy a relatarles una pequeña historia:

El personaje, es una mujer de unos cincuenta años, se encuentra en una biblioteca a las afueras de una gran ciudad, asistiendo a una conferencia de una especialista sobre el tema de la lectura. Al finalizar la conferencia, esta señora que llamaremos María, se acerca tímidamente a la conferencista y se presenta. Le cuenta que trabaja como servicio doméstico, que había oído hablar de un café literario que se hacía en la biblioteca y ya se había acercado algunas veces a disfrutar de esta propuesta. Esa noche había estado a punto de irse, entre el público, había visto a muchos intelectuales, y pensó que “era muy elevado para ella”, tal y como ella misma lo expresara. Pero algo la detuvo.

² “He aquí el genio de los explicadores; atan al ser que han inferiorizado al país del atontamiento con el lazo más sólido: la conciencia de su superioridad.” Véase Rancière, Jacques. *El maestro ignorante*. (Traducción de Núria Estrach) Madrid, Laertes, 2003, p. 34.

María se animó a quedarse y también encontró la fuerza para acercarse al finalizar la charla y confesarle, finalmente, a la conferencista, la razón de su presencia allí. Le dijo lo siguiente: “yo vengo aquí para existir”.

Este pequeño relato fue real, sólo que no me ocurrió a mí. Es una recreación que hago del párrafo de un libro escrito por Michèle Petit³. Pero me parece conmovedor y muy apropiado para estos momentos en los que nos congregamos para conversar alrededor del papel de la lectura y del significado que ésta pudiera tener para nosotros.

La frase “yo vengo aquí para existir”, me ha estado dando vueltas en la cabeza estos últimos días, mientras preparaba estas páginas para compartirlas con ustedes. Creo que hay un montón de cosas que pudiéramos interpretar alrededor de ella, como por ejemplo:

- Que la lectura permite construir un tiempo no cronológico, un tiempo de aventura y viaje que se experimenta como un tiempo de libertad, porque existen tiempos personales o si no ¿cómo es que percibimos lo lento que pasa el tiempo cuando nos toca esperar?, o a su vez, ¿cómo calificar sino de rápido, el transcurso del tiempo cuando estamos en medio de una tarea o asunto que nos encanta?,
- Que la lectura y la escritura se convierten en importantes ejercicios para el descubrimiento y la transformación de la subjetividad, y que ese papel no es nuevo, tal y como nos lo enseñaron los griegos y luego muchísimas otras culturas y personajes. En general, los ejercicios de lectura y escritura sobre el sí mismo, acrecentaban y profundizaban una relación que a partir de la modernidad ha caído en desuso y que tenía por objeto mantener el cuidado de sí⁴, asumiendo una actitud y práctica responsiva sobre sí mismo y sobre el otro.
- Que la lectura que hemos hecho a lo largo de nuestra vida, nos ha permitido identificarnos con los más inverosímiles personajes en los más variados contextos, jugando a ser quienes pudimos ser, quienes nunca fuimos y quienes dejamos de ser. Pensé en esta cualidad de la lectura cuando llegara hasta mí la teoría de las decisiones, que explora entre otras cosas no sólo la posibilidad de que tal o cual evento suceda, sino las condiciones en que tales eventos sucederían y las probabilidades que tendrían de favorecer tales o cuales resultados esperados. En fin, que no se mucho de esta teoría, pero me interesó pensar la analogía que tiene con la posibilidad que nos da la lectura para concebir otros mundos posibles y a nosotros dentro de ellos.
- Que los espacios y el tiempo dedicados a la lectura están llenos de una magia difícil de describir. Espacios íntimos, que inducen a la ensoñación y a la fantasía, porque nadie puede existir sin

³ Véase Petit, Michèle. *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 53.

⁴ Sobre la importancia del cuidado de sí hemos estado reflexionando desde hace algún tiempo en muchos de nuestros escritos. “El cultivo o el cuidado de sí, tiene que ver con una inquietud, una permanente atención sobre lo que ocurre en uno y por uno. Tiene que ver con el preguntarse, revisarse, a fin de corregirse o de tomarse más en serio. Tiene que ver con el comprenderse a sí mismo, pero yendo más allá.” Véase Madriz, Gladys. *Lectura: Pasión, Búsqueda y Sentido*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2009. p.77.

soñar, en el sentido de anhelar. Al respecto, son aleccionadoras las palabras de María Zambrano: “en el interior del hombre anida obscuramente la esperanza y aún bajo ella el anhelo. Vivir es anhelar, ha dicho Ortega y Gasset. El anhelo es la primera manifestación de la vida humana, así como la del animal es el impulso de satisfacer una necesidad. La diferencia del anhelo respecto a la necesidad animal es su indeterminación (...) El anhelar humano no tiene siempre un término conocido, puede muy bien no ser anhelo de algo determinado. (...) El anhelo es signo de un vacío. El hombre podría definirse- una de tantas posibles definiciones- como el ser que alberga dentro de sí un vacío; el vacío sólo aparece en la vida humana”⁵. Está claro, no leemos porque la lectura nos permita cubrir una necesidad de tipo animal, leemos porque a través de la lectura encontramos –a veces- respuestas para lo que nos aflige, sin saber exactamente lo que ello es, ni por qué aparece la tensión o por qué no acaba por irse nunca.

Por eso, esa frase de “yo vengo aquí para existir”, frase impresionante, esa frase enfática, impacta por lo contundente y por lo que sintetiza. Esa mujer, María, encuentra en aquella biblioteca un espacio-tiempo donde puede ser más ella, más libre, donde puede soñar y jugar a ser lo que se quiera. Ha encontrado un espacio donde se descubre *siendo* y llegado el caso, se metamorfosea. Veán ustedes, nuestra María ha invertido el tiempo de la realidad: resulta que vive o existe cuando se está quieta, resguardada en el recinto de la biblioteca y puede pensar-se. Y muere, cuando sale al mundo de la rutina, el mundo del tedio aplastante y negador de la vida, o también, el mundo de la prisa, que termina diluyendo en espejismos nuestra siempre inconclusa percepción del yo. Así, gracias a unos espacios que otrora ocuparan la plaza, el parque, espacios públicos que construían espacios de relación, de intimidad entre las personas; ahora existen los espacios de las lecturas colectivas, los espacios de las bibliotecas, los cuales van conformando un hábitat para que no desaparezca del todo una especie que debemos salvar de la extinción: la de los lectores y escritores de algo más que un *twitter* o mensaje de correo o teléfono.

Por último, quisiera llamar la atención sobre algo que está escondido en la frase de María y en su propia actitud: se trata de la pasión. Opino que ha sido la pasión lo que la ha mantenido en la silla esa noche. La pasión es un sentimiento de muy mala fama en los ambientes que ustedes y yo frecuentamos. La frase tan tañida de que somos animales racionales, por ejemplo, se ha encargado de aniquilar la presencia de la pasión en medios serios y tal como Dios manda.

Pero resulta, que estoy plenamente convencida de que la lectura, cuando va de verdad, es un acto de pasión por sobre todas las cosas. Por eso, es que no podemos fabricar lectores, porque la pasión no se fabrica, se deja que sea y se le da aliento, se la mima, se la sufre, se la deja convertir en una obsesión. Es un sentimiento que nos hace sufrir por el objeto inalcanzable hacia el cual nos arroja, pero a pesar del sufrimiento no queremos liberarnos de su extraña tiranía. ¿Les parece conocido? ¿No funciona así la pasión?

Más o menos, de eso tratan algunos de mis libros, aunque con otras palabras y otros relatos en medio. De la fuerza que nos impulsa a darle sentido a nuestras vidas, a preguntarnos si no pudiéramos ser de otra manera, o si el mundo podría ser diferente. Y de la relación profunda e íntima que en

⁵ Zambrano, María. *Persona y democracia*. San Juan de Puerto Rico, Departamento de Instrucción Pública, 1958, p.51

ocasiones llegamos a tener con algún libro y que curiosamente, nos anima a relacionarnos con los demás, con la esperanza de que cuidando de nosotros, de hacernos más conscientes de quienes somos, también podamos soñar con cambiarnos y cambiar el mundo que nos circunda.

Porque es mentira aquello de que la lectura o la escritura nos aleja de los demás. Es posible que en algún momento necesitemos el concentrarnos en nuestra soledad, incluso, es inevitable el hacerlo si queremos decir algo. Eso me recuerda una situación que ilustra perfectamente la idea que quiero transmitir. En alguna ocasión, se le preguntó a Saramago, ese gran escritor, premio nobel, que por qué había tardado tanto en escribir su primer gran libro. Quien le entrevistaba se estaba refiriendo por supuesto, a que su primer gran éxito lo publica cuando tenía alrededor de cincuenta y tantos años. Él fue contundente al responder: “no tenía nada importante que decir”. Debo decir que esa frase me conmovió profundamente. Luego, me alegró mucho encontrar las palabras que dieran cuenta de mi conmoción en María Zambrano:

Un libro, mientras no se lee, es solamente ser en potencia, tan en potencia como una bomba que no ha estallado. Y todo libro ha de tener algo de bomba, de acontecimiento que al suceder amenaza y pone en evidencia, aunque sólo sea con su temblor, a la falsedad. Como quien lanza una bomba, el escritor arroja fuera de sí, de su mundo y, por tanto, de su ambiente controlable, el secreto hallado. No sabe el efecto que va a causar, que se va a seguir de su revelación, ni puede con su voluntad dominarlo. Pero eso es un acto de fe, como el poner una bomba o el prender fuego a una ciudad; es un acto de fe, como el lanzarse a algo cuya trayectoria no es por nosotros dominable.⁶

Casi que no me cabe duda que más o menos eso quiso decir Saramago. Pero él, hombre de cortas palabras, se ayuda de las de la filósofa Zambrano:

Porque si el escritor revela el secreto no es por obra de su voluntad, ni por su apetito de aparecer él tal cual es (es decir, tal cual no logra ser) ante el público. Es que existen secretos que exigen por sí mismos ser revelados, publicados. Lo que se publica es para algo, para que alguien, uno o muchos, al saberlo, vivan sabiéndolo, para que vivan de otro modo después de haberlo sabido; para librar a alguien de la cárcel de la mentira, o de las nieblas del tedio, que es la mentira vital.⁷

Por eso es que no puedo entender cuando en ocasiones, y sin ánimo de generalizar, algún que otro ciudadano, llevado por alguna mezquina mal intención, puede acusar a un intelectual de *sifrino* o reaccionario contumaz, sólo porque se ocupa de lo único que sabe hacer. Se le olvida a ese ciudadano, que cualquier lucha ha de comenzar por una idea, y ese intelectual es justamente quien ha de trabajarlas, profundizándola, participando al otro, cada vez, lo que no se puede callar. Es decir, que cada uno tiene su propio papel en la lucha y ninguno es menos importante, salvo que se sea un farsante.

⁶ Véase Zambrano, María. *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid, Alianza Editorial, 2001, pp.39-40

⁷ *Idem*, p.41.

Regresando pues al asunto de la lectura, si bien es cierto que la lectura como ejercicio de la intimidad se prefiere hacer en solitario, no es menos cierto que aquellos a quienes un libro ha tocado, no paramos de compartir con los demás la huella inquietante que nos ha dejado. Por eso, es que no puede enseñar a leer, quien no ama a la lectura. Y viceversa, deberíamos dejar a los lectores impenitentes, el acto de contagiarnos con su obsesión, con su pasión por la lectura.

Llegados a este punto, quisiera pasar a la última parte de estas comentarios o notas. Podríamos denominarla algo así como *el inicio de una pasión*, en clara referencia a ese momento-espacio, donde experimentamos ese mágico primer encuentro con la lectura apasionada, que aclaro, nada tiene que ver con el encuentro con el archiconocido libro *Mi angelito*, o cualquiera que haya sido nuestro primer libro de lectura.

Voy a referirme nuevamente al trabajo de una escritora que ha estudiado el asunto a fondo. Se trata de la ya referida antropóloga francesa Michèle Petit, cuyos últimos estudios se han centrado sobre el nacimiento del gusto por la lectura en algunos escritores, o por lo que ella ha denominado muy poéticamente *el misterio de la escena inaugural*, y que a continuación, escucharán de la propia autora de qué se trata. Petit, se pregunta “¿cómo surge el gusto por la lectura en un chico o una chica en el seno de su familia?”⁸

Y ella misma responde haciendo alusión a otro libro. Nos dice, que en un texto titulado “El caballero de los brezos”⁹ el escritor Gustavo Martín Garzo, relata un episodio autobiográfico, que bien podría ilustrar la escena inaugural de la vida de un lector. Petit nos cuenta que cumplidos sus seis años,

...y de regreso de la escuela, entra en la casa, busca a su madre, la encuentra en la cocina, sola, leyendo, en medio de un círculo encantado. Se detiene a mirarla, se acerca hasta tocar la mesa para hacerla regresar a él. Ella le dice que lee una novela de amores desgraciados. *El caballero de los brezos*, pero en su rostro hay una expresión de felicidad, como si le ocultara algo, algo relativo a los secretos más hondos de su vida. Y lee un fragmento en voz alta, que describe el cuerpo y el rostro de una joven. Varias veces el niño se robará *El caballero de los brezos* u otras novelas para leerlas en un pequeño cuarto bajo las escaleras, con una linterna, sin lograr adentrarse en el misterio ni sorprender en sí mismo el embeleso, la emoción que ha visto en el rostro de su madre. En el corazón de toda lectura, sugiere el escritor, radica quizá la búsqueda de un secreto, que se refiere al deseo, al amor y al primer ser amado. En efecto, las lecturas de Martín Garzo, no serían más que una tentativa de elucidar el misterio de la escena inaugural.¹⁰

Para la mayoría de los niños, esa escena inaugural nunca pasa en la escuela, y en una sociedad donde la prisa acaba por vencer la batalla, tampoco se da en su hogar. Ya nadie tiene tiempo para sentarse a soñar mientras se lee. Padre y madre están muy ocupados en resolver lo serio, es decir,

⁸ Véase Michèle Petit, *Leer & liar. Lectura y familia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), 2005, p. 10.

⁹ Gustavo Martín Garzo, “El caballero de los brezos”, en *El hilo azul*, Madrid, Aguilar, 2001, pp. 21-31.

¹⁰ Michèle Petit, *Leer & liar. Lectura y familia*, ... p.11.

satisfacer las necesidades básicas de los niños y como mucho, llevarlos al parque, ¿qué es eso de perder el tiempo leyendo?, al niño hay que cansarlo para que después duerma como angelito, para que no moleste preguntando, para que se pueda hacer la faena.

Por otro lado, y en otro escenario, no es que no se lea en la escuela, sino que la lectura no es capaz de entusiasmar a nadie. Se trata de una obligación, se lee para aprender, en la escuela se dice que la lectura debe tener una finalidad, un uso. Por eso es que no podemos obligar a leer, y mucho menos penalizar con la lectura y la escritura. En ese sentido, yo cambiaría la práctica común en el aula de mandar a leer como un castigo, al contrario, habría que sugerir que la práctica de la lectura es un honor que se nos hace, y deberíamos asumirla como el ritual que nos acerca a la memoria viva de una cultura, de un acervo donde se reconoce la contribución de quienes han dejado un legado escrito.

Por otra parte, los adultos nos hemos olvidado de que una aventura verdadera no tiene un final prefijado. Incluso cuando el niño deja volar su imaginación, a raíz de cierta escena de un cuento, le llamamos la atención porque se desvía, decimos, sin percatarnos que está haciendo suyo el relato, de la manera que conoce, con todo su cuerpo, con todas sus ansias de probar ser de otro modo. Al final de la lectura se le pasa un cuestionario, como camino para desarrollar esa presunta capacidad comunicativa, pero no se le escucha. Todo lo que naturalmente quisiera opinar, preguntar, contradecir, no es relevante o no hay tiempo para ello en la planificación de la jornada.

Esa planificación del aula que casi no incorpora tiempo de verdadero intercambio entre los maestros y los niños, y entre los mismos niños. Los estudios realizados en las aulas de clase de la primaria reportan que el diálogo entre maestro y alumnos supone sólo un 25% de la jornada diaria. ¿Cuánto dirían ustedes que se le dedica en los otros niveles educativos? No tengo esos datos, pero debo confesar que soy pesimista. Y al llegar a la casa, resulta todo igual. Después nos quejamos de que nuestros niños son apáticos, desinteresados, flojos y que carecen de imaginación. Y resulta que tristemente, esos niños son el reflejo de nosotros mismos, porque así también nos miran ellos: aburridos, cómodos y sin ilusión.

Pero quisiera regresar atrás y no seguir quejándome, me gustaría invitarles a que volviésemos a esa escena donde la aventura comienza, esa lección inaugural, esa escena donde el niño presencia la emoción y hasta la transfiguración que una verdadera lectura produce en el lector, e intuye la descomunal fuerza, la portentosa influencia que una lectura puede tener sobre nosotros. Ese episodio relatado por Petit páginas atrás, el de la madre que lee sola y también al niño, y que muestra el germen de lo que ocurre en el niño, de la necesidad que surge en él de poseer, de “robar” esa sensación de placidez, de arrobamiento, que él observa la lectura produce en esas madres o adultos significativos, pudiéramos decir que se trata de un acontecimiento.

Esto es, una situación que irrumpe sin ser invitada, que nos asalta y nos conmueve, hasta sentir que se apodera de nosotros, y que a su vez, conlleva un movimiento, una emoción que impulsa a ese niño al encuentro con la lectura. Pero también, otra cosa ha pasado. El niño gracias a ese acontecimiento milagroso que ha presenciado, se ha percatado de su soledad, de su propio vacío existencial. Por un momento que le ha parecido un siglo, su madre, feliz, le ha dejado solo. Ella está

a sopotocientos kilómetros. de emoción intensa, y él, ha sido arrojado a su propia existencia, a su propio acontecer.

Para superar tal vacío, esa fractura abismal de lo que es y no es, de su naturaleza luminosa y oscura a la vez, de su doble condición de rey y súbdito de un mundo que está obligado a compartir, entonces, como remedio, ese niño recurrirá a los juegos, a la compañía de los amigos invisibles o visibles, y sólo si el recuerdo persiste, y si posee unos padres imaginativos, y aunque sea, un solo maestro generoso, que comparta con él la alegría del sentirse vivo, y si con todo ello, logra convertir el sentimiento de pérdida en pasión, entonces, tal vez, y si tiene suerte, recurra a la magia de la lectura, como lo hizo la otrora niña que hoy les habla. Gracias amigos por escucharme.

Referencias Bibliográficas.

- MADRIZ, Gladys. *Lectura: Pasión, Búsqueda y Sentido*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2009.
- MARTÍN Garzo, Gustavo. “El caballero de los brezos”, en *El hilo azul*, Madrid, Aguilar, 2001.
- PETIT, Michèle. *Leer & liar. Lectura y familia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), 2005.
- _____. *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- RANCIÈRE, Jacques. *El maestro ignorante*. (Traducción de Núria Estrach) Madrid, Laertes, 2003.
- ZAMBRANO, María. *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid, Alianza Editorial, 2001.
- _____. *Persona y democracia*. San Juan de Puerto Rico, Departamento de Instrucción Pública, 1958.